

Coincidiendo con su honoris causa

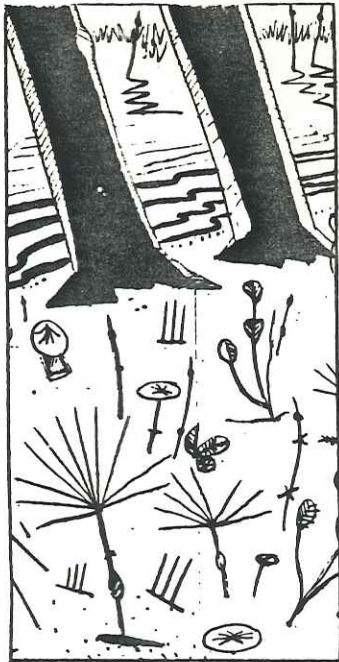
«Vibración de estío», de Juan Gil-Albert

GERARDO IRLÉS

LA preponderancia que tiene el campo sobre la ciudad en la literatura valenciana, que se ha convertido en algo así como nuestra cruz cuando desde otras regiones han tratado de definirnos, sólo encuentra explicación en que quien sí y quien no ha pasado una parte memorable de su infancia, a menudo como período de vacaciones, en él, en la finca rural de unos abuelos o padres. Escribo esto a colación de la obra de Juan Gil-Albert *Vibración de estío* (1), que no se separa de la coloración que del País Valenciano nos han dejado sus grandes artistas de la preguerra, desde un Blasco Ibáñez y un Sorolla a un Azorín, Gabriel Miró o Miguel Hernández, y que apareció por primera vez en 1928, cuando la narrativa española, exhausta tras la avalancha galdosiana, oscilaba pandulamente entre seguir a los grandes noventaochistas o ponerse al día de París.

El joven Juan Gil-Albert de este libro se nos presenta ni como los unos, ni como los otros, sino más bien como un fiel discípulo de la novela que Gabriel Miró encarnó también en esos mismos años. Agotada la vía realista y mostrenca, Miró fue tejiendo poesía en la novela, la ralentizó (es lo que quería decir Ortega), devastándola de acción e insonorizando sus ruidos y truculencias, hizo que la narración fuera un estado de éxtasis permanente, tal un sueño de adormidera, como una especie de alternativa hispánica a los intentos franceses e ingleses narrativos del fin de siglo. El novel Gil-Albert fue uno de los escasos escritores en secundar la vía lírica de su paisano, cuyas frases concatenadas de melodía, él mismo lo explicita en el breve ensayo que dedicó al alicantino, le deslumbraron: «Levantaron las mujeres sus ojos al azul de la tarde y prorrumpieron en palabras de júbilo y bendiciones al señor».

Vibración de estío apenas ofrece esqueleto argumental: la estancia de Luis Fernando, un joven esteta degustador de Boticelli, D'Annunzio, Ramón María del



Valle-Inclán, en la casa solariega de la baronesa de Aguas-claras; y el conocimiento que traba aquel de los seres que la habitan. No es la trama lo que cuenta, sino el perfil de los personajes y la belleza atónica del paisaje. En la primera parte, Luis Fernando va imbuyéndose de esas figuras (la baronesa, la pálida Adelaida, la cohorte de criados, sirvientes y rústicos), que parecen recubiertas por un polvo místico fácil de quebrarse a la menor corriente de aire foráneo, mientras se solaza, se relame ante el coruscante paisaje, como un pintor de caballete: «Era la tarde del último domingo de mayo. El ámbito se saturaba de la floración de los campos.

Sobre el montículo remansaban los almendros, irreales al tacto y de color, como una gasa muy fina que una deidad abandonara en la huida».

La irrupción de unos nuevos visitantes, unos parientes mundanos de la baronesa, rompe el telo de ese mundo hermético, estático estético y dulce, señala una inflexión dentro de la obra. Mientras Adelaida enferma, la baronesa revive un amor de juventud y la quinta se llena de «Air Embeaumé, de chez Rigaud y Gardenia d'Isabey y de opiniones atractivamente «novistas» como «Valencia ¡qué pesadez, Dios mío! Ni golf, ni té, ni comidas americanas», se deslizan los días y Luis Fernando regresa de nuevo a la ciudad, marcha que supone un final doliente para todos los protagonistas de la obra, de la cual amana con un socialismo artístico, que ya Gil-Albert teorizó espléndidamente en su opúsculo sobre Gabriel Miró, y que a la postre no es sino la raíz de su posterior compromiso político durante la guerra».

Ya por ese entonces, 1928, Juan Gil-Albert, aunque aún en esa fase mimética del escritor joven que le hace rendir claros homenajes a sus ídolos literarios, reniega de la novela decimonónica, género que después de esta obra le será ya prácticamente incompatible con su sensibilidad, introduciendo en *Vibración de estío* atisbos de esa meditación de la condición humana.

Vibración de estío (eliminada de sus obras completas), al cabo de más de cincuenta años, puede ser releída con un doble interés que le proporciona el ser un intento de novela lírica autóctona que quedó bloqueada a la sazón (en España, el regionalismo ha sido siempre el lastre mortal de esta modalidad narrativa. Incluso Miró, que entusiasma cuando es sólo un orfebre de la palabra, aburre cuando su prosa se convierte en el catastro lírico del solar alicantino), y el ser también el reflejo de un escritor que habiendo asimilado a sus mentores, empezaba a zafarse de las incrustaciones, en busca de su propio destino.



La prosa de Babel

JESUS GISBERT

ES conocido el gusto de Jorge Luis Borges por considerar lo absoluto como pleno. La impecabilidad de su prosa le permite expresar tenso juicios bien contruidos. Su riqueza y amplitud literaria no suele quedar inerte ante las literaturas otras. Esta sorprendente capacidad es compartida por su congener Adolfo Bioy Casares.

Hablar tanto de uno como de otro conlleva dos pequeñas contrariedades: por un lado, el castellano pulcro que utilizan; por el otro, el poderoso contagio de su prosa. Junto con Silvina Ocampo han dejado una admirable *Antología de la Literatura Fantástica* a bien de la posteridad.

Por vano que parezca, es interesante señalar la garantía de entretenimiento que acompaña a este volumen. Sin entrar en complejidades, es obvio que la mera evocación de los términos que componen el título resultaría interminable. Quede tan sólo la importancia del verbo.

Esta antología está confeccionada según unos criterios de decisión, como todas; quien hace la compilación, etc. Sin embargo, es aquí la antología la que se escribe a través de unos vagos personajes: son los viejos narradores reunidos. La fatigosidad de las citas, la brevedad de este espacio, impiden la siquiera enunciación de los múltiples nombres que componen este magnífico inventario y nos eximen: son y están todos los que hay: decenas de autores y textos fundacionales dan forma a esta crestomatía. Se requiere, eso sí, el concurso de lo fragmentario.

La obertura, delantal o prólogo corre a cargo de Bioy Casares. La misma concisión y limpieza de las lecturas seleccionadas da forma a este prefacio. «Ateniéndonos a Europa y a América, podemos decir: como género más o menos definido, la literatura fantástica aparece en el siglo XIX y en el idioma inglés. Por cierto, hay precursoras. El hilo conductor, el tema de este tema es lo fantástico. Urdir, entretejer historias, sueños, meras representaciones imposibles. «Para formarlas hemos seguido un criterio hedónico; no hemos partido de la intención de publicar una antología: memorables palabras de Bioy. Lo conceptual es articulado con lo descriptivo.

Las fuentes literarias infinitas, casi casi inabarcables (latinas, asiáticas, árabes, germanas, anglicanas), dan vida a esta fuente inagotable de otras fuentes. ¿Qué decir de la impronta de los traductores? Aquí se conjuga lo más cotidiano con lo metafísico; lo analítico con lo dialéctico; lo occidental y lo oriental; la belleza inventada y el poema narrado.

«Y la vida fue en serio», memorias de un joven autista

(«Canciones», Luis Eduardo Aute, Madrid, Hiperión, 1984)

JOSE MARIA IZQUIERDO

«...el tiempo se peina
con gesto de amante...»
Luis Eduardo Aute

CORRIAN los años setenta y un juicio célebre nos hizo vibrar. Llevábamos un molotov en la mano, el diablo en el cuerpo y nuestro deseo era pasar una temporada en el infierno. La revolución debía ser permanente, la vida pasaría con Janis y Dylan en el camino, Ferdydurke golpeó a los elegidos y Miss Lonelyhearts nos hablaba desde una famosa colección de bolsillo. Eramos jóvenes, diecisiete a lo sumo. Después... la vida fue en serio.

El trabajo nos sentó como lo que es, una maldición bíblica, la escasez de dinero nos maltrató, de aquel amor con furia pasamos a estar furiosos y de la revolución no quedó más que un extraño signo en nuestras miradas. Rimbaud fue des-

bancado por Baudelaire y por fin nos dimos cuenta de lo solos que estábamos ante tanto viejo y también..., ante tanto joven.

Y llegó abril después de Marx y pensamos «mira que eres canallas» mientras nos deshacíamos en nuestra feroz melancolía y llegó aquel momento en que se la cambiábamos por dos de quince, si puede ser y presintiendo que tras la noche vendría la noche más larga dijimos «al, alba» «no te desnudes todavía», «no quiero que me descubras toda la verdad» y aquel horror frente al solitario futuro en compañía y aquel desde hace algún tiempo te siento distinta y de alguna manera tendré que olvidarte aunque por mucho que quiera no es fácil ya sabes y pasaba por aquí, ningún teléfono cerca y no lo pude resistir y estás mucho más guapa, será que te embellece ser feliz. Fue entonces cuando nos sentimos tan pueriles recordando a las cuatro y diez que «James Dean tiraba piedras al Este del

Edén» mientras corrimos con San en una «Huida» —A boutte du souffle— lejos ya del paraíso».

Y tras ese vacío, la ira, la rabia, la absoluta rabia del forzado escéptico, aquel terriblemente absurdo es estar vivo (sin tu latido?????) en estos malos tiempos para la lírica y tú que sólo tienes quince años, «cómo pudiste hacerme esto a mí», «víctima de una terrible decisión» escapando de mi sombra es cierto que lo que yo vi resultó ser el fin de la civilización, «carne, huesos y tú».

Y colmando la paciencia llegó un mensaje austriaco «el hombre está condenado al fracaso», y la fuerza del escándalo.

Menos mal que vivimos en un país ineficiente y que las ruinas de nuestra inteligencia se debaten en Neura, Feeling, Luada y Tutaje.

¡Hasta la noche colegas????!!!!

NOTA A PIE DE PAGINA: «Léase escuchando en un pic up «A mi manera» en la versión de F. Sinatra».